

Entrevista a Esteban Hicken

UNA ESPIRITUALIDAD DE LA COMUNIDAD

Nelson Briceño y Orlando Gramcko

Los Hicken son una familia norteamericana que desde hace seis años convive en nuestro país compartiendo su fe, sus luchas, sus esperanzas, sus vidas. Esteban, rodeado de su esposa María y de sus tres pequeños hijos, Cristóbal, José y Jónathan, nos cuenta su experiencia de misionero laico de Maryknoll en Nuevo Horizonte, barrio de Caracas. Ahora han de partir a Nueva York para un nuevo campo de acción misionera.

Su experiencia y sus reflexiones nos resultan especialmente provechosos en estos momentos en los que se está reuniendo el Sínodo de Obispos para tratar el tema de los laicos en la Iglesia.

- ¿Qué ha significado para ti la experiencia misionera aquí en Venezuela?

- Principalmente, una transformación de mí mismo y una llamada para convertirme. Al principio no era tan fácil llegar como padre de familia para trabajar en el equipo pastoral, y no estaba claro lo que debíamos hacer, ni para el equipo ni para nosotros, ni para la gente; esto creó una presión en nosotros. Yo entendía que tenía que hacer lo que los otros hacían, pero la misma vida de familia no permitía el mismo estilo de los demás. Luego me di cuenta de que esa dedicación al hogar no era una cuestión separada del trabajo pastoral, sino que formaba parte de la misma labor evangelizadora. Porque, poco a poco, mucha gente se identificaba con nosotros, en la forma en que vivimos. Y así se abrieron caminos distintos de intercambio y de convivencia que no se habían visto antes.

- ¿Cómo surgió la vocación como misionero laico?

- Estando de viaje por El Cairo, vi por primera vez, pobreza; niños mal alimentados, sin ropa, viviendo en edificios como los de Tacagua, que se caen. Gente que, según mi criterio, no tenía nada de lo que yo tenía; pero tenía algo que a mí me faltaba: ese espíritu de acogida. La cosa que más recuerdo de la gente de El Cairo eran los ojos; ellos comunicaban cariño; para mí era una cosa tan misteriosa y quedó en mí como una semilla. Me pregunté: ¿qué era eso que tenía aquella gente que yo no tenía? Y sabía que algún día tenía que volver a un ambiente pobre y marginado para descubrir qué era esa cosa.

Aquí en Venezuela me ha costado cinco años para acercarme a lo que la gente tiene; todavía no lo tengo, pero ahora sí entiendo ese algo: es la presencia especial de Dios que habita en los pobres, por el amor que tiene para los más pobres. Es algo que no se puede comprender, pero sí notar y sentir.

- ¿Cuáles son los valores evangélicos que tú ves más presentes en el pueblo venezolano?

- Una cosa sería la humildad. En la gente del "Niño Jesús", donde vivo, mientras se despedían, nos deseaban solidaridad y cariño; y a la vez cada uno se disculpaba por lo malo, y eso me hizo pensar en la profunda humildad; no una humildad pasiva, porque ellos captan lo que es ser humano, ser limitado, necesitar al otro y estar en profunda solidaridad con ese otro, lo que significa el perdón.

Una anécdota: el Domingo de Resurrección estuve pensando en mi mamá que murió hace catorce años, y desde ese tiempo quedó en mí un vacío que sobre todo he experimentado aquí en Venezuela porque aquí la mamá es tan central para la persona, y no tenía mamá para compartir y poderme identificar. Me dí cuenta que para mí, Venezuela y, sobre todo, la gente del barrio, ya es mi mamá y es la misma mamá que me dio a luz hace treinta años, porque me dieron luz, me enseñaron a hablar, me enseñaron a comer, me enseñaron a caminar, me enseñaron a pensar, me enseñaron a orar y a ver el mundo. Para mí es algo tan profundo que he recuperado a mi mamá que es la misma gente de Venezuela que me ha dado a luz. El venezolano y la gente del barrio han sido fuente de vida y tan profunda que la identifiqué con mi mamá, no sólo a nivel de analogía sino a nivel de vivienda.

- Como esposo y padre de familia, ¿cómo asumes tu vivencia cristiana?

- Hay en el mundo influencias que promueven la ruptura del hogar; hay que ver el valor de la necesidad de vivir en familia. María y yo ponemos mucho énfasis en la comunicación y no desvalorizamos la necesidad de hablar aun las cosas más pequeñas, detalles de la vida como el decidir quién va a ir a tal lugar, quién se lleva a los niños, y luego las cuestiones de la casa, dividiendo las tareas. Todo esto requiere una fiabilidad en el comunicarse, en ser franco y honesto. Esto es una forma como asumimos el reto, la vida cristiana dentro de la sociedad, comunicándonos todo lo posible.

Luego, el compromiso con los muchachos requiere su tiempo. María y yo

tratamos de compartir la tarea de criarlos. Tanto mamá como papá tienen un rol que se complementan y que los hijos necesitan. También es necesario que los hijos, desde la infancia, sientan la importancia de vivir en comunidad. Los llevamos a las reuniones, caminamos, visitamos con ellos, para que desde temprana edad se identifiquen con la comunidad. Porque una familia puede ser un grupo pero también íntimamente vinculada con la comunidad y hay que inculcar en el muchacho el vínculo de solidaridad con los otros vecinos.

- *¿Cómo definirías la espiritualidad del laico?*

- En un encuentro entre laicos y Maryknoll salió el tema. Nosotros como laicos decidimos que no era aceptable ese término. La espiritualidad es una cuestión tan íntegra, que no es posible separar una espiritualidad laica de otra de otra forma. Es una espiritualidad de comunidad, de allí se parte. Esto no niega que la vocación de un sacerdote, de una hermana y un laico se van a desarrollar en forma distinta y que el trabajo por el Reino necesita de todos. Eso se respeta, pero el pun-

to de partida es la comunidad.

- *Según tu experiencia, ¿cuál sería la misión del laico dentro de la Iglesia?*

- Cuando se analiza cómo los laicos asumen la tarea de evangelización, hay una pequeña trampa que, para mí, hay que evitar: la trampa de la comparación. Tenemos muchos años en la Iglesia tratando de definir qué hacen los sacerdotes, qué hacen los hermanos religiosos, qué hacen los laicos, y pasa mucho tiempo como separándonos, analizándonos y buscando definiciones muy rígidas. Ya sabemos lo que hacen los curas y las hermanas y hermanos, pero no sabemos qué podemos hacer los laicos. Yo quisiera que dedicáramos más esfuerzo trabajando juntos y sobre la marcha descubrir las diferencias. El punto de partida sería una comunidad en la que se trabaja juntos y no se parte de diferencias.

- *¿Cuáles serían los retos del laico dentro de la Iglesia?*

- Para mí, el reto más urgente de los laicos aquí en Venezuela y en el mundo, es que necesitamos despertarnos y asumir que todos somos Iglesia. Y en la medida que se va asumiendo este reto se

haga con madurez. Porque hay algunos de nosotros los laicos que somos muy duros en la forma de asumir esa tarea y caer en la tentación de lo que tratamos de evitar, que nosotros mismos formemos una élite laical, que rechace a los demás. Por eso digo que hay que asumir ese rol poquito a poco y con mucha madurez.

- *¿Cuáles serían los problemas más urgentes de afrontar dentro de la Iglesia venezolana?*

- Desde mi punto de vista como extranjero, la Iglesia como totalidad ha asumido un compromiso y una opción por los pobres. El reto más urgente es poner esto en práctica, el cómo llevarlo a cabo. Las barreras son muy grandes, culturales e históricas. Pero no es tan irreal. Se ven por todas partes de la Iglesia grupos que se están acercando. La Iglesia venezolana debe ir descubriendo maneras prácticas para ir manifestando esa opción cada día más y más concretamente. Hay otros problemas pero en la medida en que se va dando, se van arreglando por su cuenta. Es una experiencia que hay que hacer desde la base, en la medida en que nos identifiquemos más con los pobres.

